

de un Caeiro, el diarista con que Valverde cierra las últimas páginas del libro. Duda, conciencia de la inutilidad del trabajo cuando el otro, el doble, es lo inanimado: la parra, el muro en sombra, el frescor de la sombrilla —el tiempo en todo ello—, escriben el poema con una música callada que siempre ha de evitar o ser ajena al que escribe. Ellos conocen su lugar, habitan el centro sin necesidad de probarse ni de probarlo. O también, los círculos que traza el poeta en el agua no valen, quizás, lo que el agua. Pero su existencia es válida pues surgen de la necesidad, de un impulso por afirmar la existencia del hombre ante las cosas. Antoni Marí: «Nada permanece, y todo cambio es, al fin, ruina, recuerdo y renuncia. Sin embargo, la voluntad de permanencia que impone la existencia es la que ofrece sentido a la vida y al mundo». Somos lo que vemos y lo que vimos, lo que veremos y lo que pudimos haber visto. Mirada y memoria. Un círculo habitado y habitable. Y en el centro, irradiando sentido, uno mismo. En ese espacio donde cabe el infinito, donde la profusión es norma, el ojo ordena, distancia y acota en su afán por preparar una casa del lenguaje, «buscar un lugar».

Se hubieran podido ofrecer otros itinerarios, otras lecturas. Se ha preferido, sin embargo, la fragmentación, el azar, el paseo asistemático por un texto de múltiples resonancias y matices. No en vano, la mirada discursiva de Álvaro Valverde propone una concepción del yo poemático que, por su ambición y necesaria densidad, amplía el campo referencial de nociones como «experiencia», «narratividad» o «sentido común», de las que tanto se ha hablado de unos años a esta parte, y que tan confusamente han sido utilizadas y exhibidas como coartada. El objeto de esta lectura no ha sido otro que dialogar sobre el modo en que ese yo se construye y tiene lugar en el poema. Quedan, sin duda, otros caminos. El círculo trazado por estos poemas tiene la amplitud suficiente. Sólo el rigor con que esta escritura da cuenta de sí misma y del mundo requiere su propio ensayo, su propio acercamiento en círculos.

**Jordi Doce**

## Voces de identidad hispanoamericana

La conexión cultural, y específicamente literaria, entre España e Hispanoamérica ha sido abordada muchas veces desde apriorismos de distinto signo que resultaban finalmente esterilizadores. Aunque no es preciso relacionar dichos prejuicios aquí, sí diré que las direcciones más importantes de los mismos son las dos siguientes: actitud hispanocéntrica, o si se quiere eurocéntrica, que tiende a negar entidad estética a las manifestaciones americanas precolombinas, o propiedad indigenista a las manifestaciones coloniales y poscoloniales, por un lado; y, por el lado opuesto, defensa de una sustancia americana no dependiente de lo hispánico, sino desarrollada en detrimento de ello.

La equidistancia de ambos extremos, procurando no tanto una solución de compromiso cuanto una fórmula global de comprensión, ha sido un proyecto en que algunos se han afanado. Entre ellos consta José Carlos Rovira, que ha publicado los frutos de su indagación en su libro titulado *Entre dos culturas. Voces de identidad hispanoamericana*\*. En él reúne ensayos aparecidos antes en revistas y libros colectivos, junto a algunos nuevos. Un hilo enhebra la variedad temática: el de la conexión antes aludida, entendida tanto como diálogo de culturas cuanto como discurso de identidad.

Siguiendo una llamada del autor a la restitución de la importancia de lo autóctono, se parte de los juicios de Menéndez Pelayo en la introducción a su *Historia de la poesía hispanoamericana*, referidos a la lírica prehispánica, a la que despacha con palabras que transmiten desdén e inducen a la sospecha sobre la autenticidad de la misma, pues aunque lo conservado se limita, según el polígrafo santanderino, a «pocos y oscuros fragmentos

\* Alicante, Universidad, 1995.

literarios», incluso en esos pocos retazos cabe hablar de «interpolación y aún de inocente falsificación literaria debida a los ocios de cualquier misionero o de algún neófito de noble estirpe indiana». Las palabras de Menéndez Pelayo pueden explicarse mejor si atendemos al momento en que fueron emitidas, por el estado en que se encontraban los estudios literarios y, más aún, porque todavía no se había cerrado el proceso de la independencia americana, lo que sin duda hubo de afectarlas. Sin embargo, otras muy recientes parecen una resurgencia de aquéllas en lo que atañe a la preterición de lo autóctono. Y así Juan José Sebreli, basándose en el carácter «prehistórico» de los indígenas americanos (que tenían «seis mil años de atraso con respecto a los habitantes del Viejo Continente»), habla de una América que, en cuanto realidad histórica —y no estudiada tan sólo por la prehistoria, la arqueología o la etnología—, «fue obra exclusiva de la conquista y colonización europea».

No siempre procede de los «enemigos» el escepticismo sobre la importancia estética de la literatura americana anterior a la conquista. A veces quienes pretenden elogiarla dejan ver, al socaire de sus encomios o proteccionismos, las señas de la desestima; como ejemplo basta referir el del Miguel Ángel Asturias de 1923, en su tesis *El problema social del indio*, traída a colación para mostrar cómo una sustancia indigenista tan incontestable como la del autor de *Leyendas de Guatemala* descansa en —o es precedida por— un paternalismo sociocultural que acaba confundiendo con la infravaloración. A algunas de las interpretaciones que, en este ámbito concreto, ponderan la importancia de lo precolombino pasa sucinta revista el profesor Rovira en el compendioso capítulo inicial («Y era nuestra herencia una red de agujeros»). Entre los territorios culturales tratados, el mexicano ofrece ejemplificación abundante de esta línea a que me refiero; así lo confirman trabajos como los de Ángel María Garibay, León-Portilla, Enrique Florescano, José Alcina Franch, etc.

Se trata de posturas bien conocidas que se convocan aquí —y en ello radica la originalidad del libro del profesor Rovira— orientadas a dilucidar la identidad, o, si se quiere, la entidad *idiótica* de la cultura hispanoamericana. Pero la identidad no significa necesariamente

«definición diferencial», pues ninguna forma de particularidad puede entenderse al margen de la ósmosis intercultural. Aun aceptando el afán de hacer de la raíz primigenia el alma de un pueblo, la invasión foránea contribuye a engendrar en el cuerpo invadido cautelas o rechazos que no existían antes de la misma. En ninguno de los casos, pues, podrá ser ya la propia personalidad igual a la preexistente: los anticuerpos con que responde a la colonización han hecho de aquélla algo distinto a lo que fue, distinto también a lo que pretendió absorberla, y heredera a un tiempo de lo uno y de lo otro. *Entre dos culturas* se sitúa en este punto preciso, proponiendo «la aceptación de la noción metodológica esencial del mestizaje como identidad imprescindible de América» (p. 28). Uno de los trabajos incluidos en este libro ejemplifica esto que digo: me refiero al titulado «Del espacio geográfico medieval al espacio utópico renacentista en las primeras crónicas»: en él, el *topos* medieval del *locus amoenus* se refleja en la contemplación que Colón o Vespucio hacen del territorio que se abre ante sus ojos, pero esta recreación apunta ya al espíritu renacentista en que se funden las diversas actualizaciones del paraíso. En la *summa* ideal de ese territorio se compenetran Viejo Mundo y Nuevo Mundo: la *Utopía* de Moro parece alentar tras los *Comentarios reales* de Garcilaso el Inca, en paralelo a la *Civitas solis* de Campanella, como el mito de Citea sirve de pauta para el de *Eldorado*, o para la *fons vitae* que Ponce de León situaba en Bimini. Una buena muestra, en fin, de esta permeabilidad mítica que se corresponde con otra permeabilidad de más amplios contornos.

Los capítulos de este libro abarcan temas y épocas muy distantes, de la literatura náhuatl a la novelística reciente de García Márquez. Todos ellos están repartidos en dos apartados. El primero, que el autor llama «Cinco calas en el pasado», contiene ensayos sobre literaturas precolombinas, el espacio utópico renacentista de las primeras crónicas, los rasgos de la poesía novohispana a través del cancionero *Flores de varia poesía*, la polémica dieciochesca a propósito de la negación que el deán de Alicante Manuel Martí hiciera de la cultura mexicana, y la tradición italiana en el romántico peruano Clemente Althaus. El segundo trata más numerosos aspectos, entre los que destacan las cuestiones

conectadas a la identidad hispanoamericana, a veces urdidas en la dualidad indigenismo / indianismo, y las relaciones entre Unamuno —ejemplo de diálogo con la más viva cultura americana— y *Amauta*. Hay, además, en esta segunda parte, reflexiones sobre Miguel Ángel Asturias, Neruda, Lezama Lima, José María Arguedas, Octavio Paz, Roa Bastos, Carlos Fuentes y García Márquez. En suma, una lección que planea sobre campos diversos, procurando vislumbrar la esencia, congruente aunque no compacta, de su universo común.

No estamos ante la exposición de un *sistema* sobre la identidad americana apoyado en ejemplos concretos, sino ante la simple mostración de éstos, exentos respecto a una intención preliminar. En palabras más precisas: nos hallamos ante «episodios» de los que puede desprenderse un esbozo global, no ante «ejemplos» de un modelo previo. Quiero decir que el libro de Rovira no tiene la pretensión de cerrar una zona de estudio, tan coherente como incontestable, sino de recalcar en campos limitados, tras los que pueda quizás percibirse la franja de intersección donde unos y otros coinciden. ¿Qué otra cosa podría hacerse ante una realidad fracturada históricamente: antes y después del Descubrimiento, antes y después de la Independencia (conseguida ésta, además, en tiempos bastante distantes entre unas repúblicas y otras)? 1810 queda muy lejos de 1898, cuando en España los noventayochistas trataban de abrir la mandorla del alma nacional, y a punto de que, en América, hiciera algo similar José E. Rodó con su *Ariel*. Y tampoco son contiguos los casos de las repúblicas que, como México o Perú, se superponen sobre grandes civilizaciones indígenas, y los que, como Argentina, no lo hacen. Ello por no hablar de las relaciones, de distinta intensidad en el tiempo y en el espacio, con la cultura francesa, y con la poderosísima cultura angloamericana.

No sé si será una interpretación excesiva, pero de *Entre dos culturas* se deriva una idea de lo hispanoamericano, y aun de lo iberoamericano, como fruto de un *continuum* subyacente a las antedichas fracturas históricas, en el que unos cuerpos se alimentan de aquellos a los que destruyen (el europeísmo importado por Colón en relación con la cultura con que se encuentra), imposibilitándose, al cabo, cualquier lectura unívoca: la cultura europea que entra con conquistadores y colonizadores pasa por el fil-

tro de la hispanidad, de la misma manera que el nuevo europeísmo tras la independencia sería, a su modo, una contestación a la dependencia cultural de lo español. En síntesis, América se europeiza con España en el siglo XVI, y se «desespañoliza» con Europa en el XIX.

Las retracciones, vacilaciones y contradicciones de este proceso son abundantes, y en ocasiones han dejado un estigma de fracaso en su resolución histórica, que podría resumirse en el «hemos arado en el mar» de Bolívar. El libro de José Carlos Rovira detalla algunos de los núcleos en que se adensan estas circunstancias. De sus aportaciones, unas se separan más del tema de la identidad —determinadas indagaciones nerudianas, o el análisis de unas obras de García Márquez, aunque la figura de Bolívar preste en el último caso una exterior pertinencia temática—, y otras se aíslan en su precisión autosuficiente. Pero, en general, los temas estudiados, y desde luego el estudio de los temas, permiten hablar de heterogeneidad como riqueza, y no como mezclilla. Y el lector entiende que lo aprehendido está tramado con rigor y presentado como una unidad abierta, deleitable y provechosa.

**Ángel L. Prieto  
de Paula**

## Onetti, el (incansable) lector

**D**ecía Juan Carlos Onetti: «Al leer y releer a Faulkner es forzoso sospechar que su mirada era distinta a la nuestra, a la del común de los hombres, a la del común de los